

CONFUSIÓN EN EL TIEMPO



ÁNGELA COELLO

CONFUSIÓN EN EL TIEMPO



ÁNGELA COELLO

Confusión en el tiempo

Ángela Coello

CONTENTS

Las desapariciones

Primera parte. Datewood Village

1 La llegada

2 Un descubrimiento estremecedor

3 El forastero

4 El tiroteo

5 El bosque de Datewood

6 La cabaña

7 El niño empeñado en colaborar

8 La granja

9 La casita del tejado rojo

10 La maestra

11 La amenaza

12 Maniobra de rescate

Segunda parte. La Organización

1 Primeras revelaciones

2 Un proyecto sin precedentes

3 Un punto seguro

4 La demostración

Tercera parte. El desenlace

1 La primera misión

2 Más explicaciones

Epílogo

LAS DESAPARICIONES

2 de noviembre de 2017

-Me gustaría mostrarle mi gratitud por permitirme realizar esta investigación, Sr. Murray –afirmó Alex cortésmente.

-En realidad tengo mi propia opinión formada al respecto de los hechos aquí acaecidos, Sr. Cooper – advirtió el Director del Orfanato Past-. Aunque no era usted más que un niño, recordará que yo ya trabajaba en este centro cuando desapareció la pequeña Abby. Creí haber averiguado algo importante pero cuando expuse mi teoría, ni siquiera se me escuchó ni mucho menos se me dio crédito alguno. Por aquel entonces yo era profesor en prácticas, aunque pareciera que para mis compañeros la inexperiencia no se limitase únicamente a la labor docente sino a todos los órdenes de la vida.

Alex le observaba interrogativo y expectante.

-No les culpo –continuó el Sr. Murray-. Yo era muy joven y lo que les conté, objetivamente, no tenía ningún sentido.

-¿Colaboraría en mi investigación? –preguntó Alex con gran interés.

-Ya me tomaron por loco una vez así que preferiría no ahondar más en el tema a título personal. De todas formas, siendo sincero, tengo la esperanza de que usted llegue al fondo de este asunto –Alex le escuchaba con atención-. Salvo para una declaración, puede contar con mi colaboración para lo que desee. Tiene a su disposición uno de los cuartos del

servicio. Está todo dispuesto para que pueda pasar aquí todo el fin de semana si así lo desea. Le esperamos a la una y media en el comedor de profesores. Supongo que le agrada volver a ver caras conocidas.

Aquel día, el 2 de noviembre de 2017, Alex visitó el Past Nest tras doce años alejado de sus muros. A las nueve en punto de la mañana el director del centro lo recibió en su despacho, tal y como habían convenido días antes por teléfono. El hombre había accedido a permitir que Alex realizase un pequeño estudio de campo en el orfanato, entrevistando al personal y examinando viejos documentos. Además, fue muy amable al alojarle ya que el centro se hallaba bastante alejado de la ciudad y su estancia allí le permitiría aprovechar mucho mejor el tiempo.

Ese primer día entrevistó al personal, examinó viejos documentos y recorrió los pasillos, salas y corredores del orfanato, inmunes al paso del tiempo, recordando viejos tiempos de una infancia salpicada por ciertos episodios amargos.

Comió y cenó con el personal del centro. Muchos de ellos le recordaban de cuando era pequeño y se asombraban de que aquel chico tan alto y esbelto fuese el niño que habían conocido. Juntos revivieron los años en que luchaban por hacer de él el adulto en que finalmente se había convertido. Recordaban sus travesuras, cuando rompió la vidriera del hall principal jugando a la pelota o cuando en preescolar se le antojó ser rubio y trató de teñirse a sí mismo con pintura de acuarela. Algunos incluso bromeaban

con las innumerables veces que tuvieron que reparar sus gafas, siempre mal ajustadas y con frecuencia víctimas de un balonazo o de una caída.

Aquella gente era muy agradable. Lo recordaban muy bien y lo habían recibido con los brazos abiertos. Alex sabía que había tenido una infancia, y sobre todo una adolescencia, difíciles y comprendía lo complejo que había sido para aquellas personas sacarlo adelante. Desde luego él no se lo había puesto nada fácil. Era una etapa de la que no estaba orgulloso y que prefería no recordar. Por eso no entendía por qué ellos insistían en revivir ciertas historias que a su juicio era mejor olvidar. En cierto modo, siempre se había sentido un incomprendido.

La vida de Alex estaba dando un giro importante por aquel entonces. Se había decidido a dar el gran paso y dedicarse a su gran pasión. Desde niño había soñado con convertirse en un gran novelista, pero los adultos que le rodeaban parecían haberse puesto de acuerdo para hacer de él lo que consideraban "un hombre de provecho" y, por desgracia, fantasear sobre el papel no entraba en el programa. El problema es que cuando uno tiene un sueño, resulta muy difícil desprenderse de él y es que, como suele decirse, la cabra siempre tira al monte. Por eso, cuando recién estrenada la treintena fue despedido por sexta vez, no lo dudó un segundo y decidió dedicarse por fin a escribir.

No es que fuera mal abogado sino más bien todo lo contrario, pero su dificultad para acatar la autoridad se había convertido en un verdadero obstáculo

para su crecimiento profesional. Y tampoco es que le costase demasiado superar una entrevista de trabajo pues lo cierto era que su labia, rápida reacción y encanto personal, con frecuencia disfrazaban su indisciplina y rebeldía natural.

Cuando tuvieron lugar los hechos que aquí se relatan, trabajaba en una historia de suspense y misterio inspirada en las desapariciones acaecidas en el orfanato que había sido su hogar desde muy temprana edad. El Orfanato Past Nest, fue en su día centro de referencia internacional por sus avanzadas técnicas educativas pero, víctima del infortunio, acabó dominado por la desmotivación, el miedo y, en cierto modo, condenado a la decadencia.

Hasta que cumplió los dieciocho años, Alex residió allí, acogido al sistema estatal de protección de menores, y durante esos años vivió las consecuencias de semejante desdicha. Los adultos responsables del centro sobreprotegían a los menores internos ante el temor de que alguno pudiera sufrir algún daño. Las medidas de seguridad eran cada vez más fuertes, no sólo en lo que se refiere a la selección de personal y control exhaustivo del acceso al recinto de personas ajenas al mismo, sino también en relación con el control alimentario e, incluso, a algunos internos, en función de su edad y madurez, se les impartían clases de defensa personal y de primeros auxilios. Pudiera parecer una reacción exagerada, pero cuando se registran tres desapariciones en extrañas circunstancias, toda precaución es poca.

La primera desaparición fue la de uno de los conserjes, Richard Evans, en los años ochenta. Alex no había llegado a conocerlo, ni siquiera había nacido cuando ocurrió, pero su historia se había convertido en leyenda en el orfanato, por lo que tales hechos no le eran ajenos en absoluto.

Al parecer, sucedió una noche de otoño. Todos los días, pasadas las diez de la noche, los tres bedeles hacían la ronda para comprobar que todas las puertas y ventanas estuviesen bien cerradas, las luces apagadas... En fin, ese tipo de cosas. Se reparían el edificio por zonas y al finalizar el chequeo se reunían en el comedor para tomar juntos una infusión o una taza de leche caliente mientras hablaban de sus cosas y de cómo les había ido el día. Al Sr. Evans le correspondían los corredores de las aulas de la primera planta, solitarios a esas horas.

La noche del 20 de octubre de 1981, el Sr. Evans había hecho su ronda como todos los días. Varias personas pueden atestiguarlo. Sin embargo, aquella noche no se reunió con sus compañeros después de la tarea. Tratándose de un hombre por lo general hueraño, no les extrañó demasiado que hubiese decidido retirarse a su cuarto sin avisar, pero a la mañana siguiente tampoco se presentó en su puesto de trabajo, lo cual sí resultó preocupante pues tal comportamiento no era propio de él.

Lo buscaron por todas partes. No estaba en su cuarto aunque sí encontraron en el lugar todas sus pertenencias, no se había llevado nada. Además, los empleados del servicio informaron de que la cama

estaba hecha cuando entraron en la habitación por la mañana para hacer la limpieza; por tanto, todo apuntaba a que no había pasado la noche allí. También miraron en el cobertizo de las herramientas que se encontraba en los jardines, donde con frecuencia se encerraba para hacer bricolaje. Era poco probable, por muy excéntrico que pudiera ser el individuo, que tras la ronda decidiese ponerse a hacer bricolaje, pero sí cabía la posibilidad de que hubiese ido a la caseta a buscar alguna cosa e igualmente cabría considerar que se hubiese dado un golpe o hubiese tenido algún tipo de accidente y estuviese malherido o incluso inconsciente. Pero nada. Tampoco allí lo encontraron.

Definitivamente se trataba de una desaparición de lo más extraño y, como consecuencia, se procedió a la apertura de una investigación oficial. Algunos consideraron que tal vez hubiese abandonado el orfanato voluntariamente pues desde que días antes a su desaparición había mantenido una fuerte discusión con el director del centro por causa de su mal carácter con una de las cocineras, en más de una ocasión había amenazado con abandonar el centro sin, por supuesto, previo aviso. El Sr. Evans se había mostrado realmente reacio a acatar las normas de conducta que se le habían exigido en relación con una compañera que él calificaba de "realmente insoportable". Pero los años pasaron y el hombre seguía sin aparecer. Finalmente, el caso acabó por cerrarse sin respuestas.

El segundo desaparecido fue un maestro de Educación Primaria a mediados de los años noventa. Se

llamaba Frank Thompson y su caso fue mucho más raro que el del conserje ya que ocurrió a plena luz del día y en un momento de plena actividad en el centro. Los testigos que lo vieron por última vez declararon que había estado en la sala de profesores un rato mientras sus alumnos asistían a la clase de gimnasia con otro profesor. Cuando sonó el timbre del cambio de clase, los niños volvieron a su aula, pero su maestro no lo hizo.

Desapareció en algún punto entre la sala de profesores y el aula de quinto curso, en un espacio de apenas veinte metros. Salió de la sala a las 11:00 horas del 11 de noviembre de 1996, pero nunca llegó a encontrarse con sus pupilos. Fueron éstos quienes dieron la alarma.

Lo curioso del caso fue que, aunque varios compañeros afirmaron haberle visto salir de la sala de profesores, nadie recuerda haberle visto por el pasillo, lo cual resulta realmente extraño teniendo en cuenta que en esos escasos veinte metros debieron confluír en pocos minutos no sólo el grupo de veinticuatro niños que regresaban a su clase desde el polideportivo sino también otros profesores que entraban y salían de las distintas aulas. ¡Alguien tuvo que verlo! De las declaraciones registradas acabó por concluirse que “el revuelo propio de los escasos minutos de duración de un cambio de clase dificulta el recuerdo de los detalles por los testigos de los hechos investigados”.

Se dice que el individuo era un hombre muy afable, muy bueno con los niños y muy buen compañe-

ro, así que realmente no había motivos razonables para pensar en una desaparición voluntaria. Tampoco se le conocían enemigos, por lo que resultaba aventurado considerar un secuestro, lesión u otro tipo de ataque.

Se organizaron partidas de búsqueda en las que colaboraron profesores, personal de administración y servicios e incluso algunos internos de los mayores, pero que concluyeron sin éxito. De manera que también se abrió una investigación que, igual que había ocurrido con el caso del conserje, acabó archivándose sin respuestas.

Alex tenía un vago recuerdo del Sr. Thompson porque él era uno de aquellos niños que volvían de la clase de gimnasia cuando el hombre desapareció. De hecho, era el delegado de su curso y fue él quien, acompañado de otros dos niños, habían corrido a la sala de profesores para alertar de la ausencia del maestro cuando sus mentes infantiles entendieron que llevaban demasiado tiempo solos en el aula. Ahora bien, no había participado en la búsqueda porque era demasiado pequeño para ello, no tendría más de diez años, y por eso no tuvo más remedio que quedarse con sus compañeros. Recuerda que aquella tarde se suspendieron las clases y se organizaron juegos y otras actividades para tenerlos entretenidos y al margen de la tensión que se estaba viviendo en el centro. Sin embargo, por muy niños que fuesen, percibían perfectamente la gravedad de la situación. Se respiraba en el ambiente.

Pero sin lugar a dudas, la tercera desaparición fue la más impactante tanto para los adultos como para los niños del orfanato. A la tercera persona desaparecida Alex sí la recordaba bien, muy bien de hecho. Se trataba de una niña de su curso que había llegado al orfanato siendo un bebé de meses y que había hecho muy buenas migas con Alex desde el momento en que éste ingresó.

Abby, de 11 de años de edad, desapareció el 11 de noviembre de 1997, justo un año después que el maestro. Una de sus compañeras de dormitorio se despertó en mitad de la noche, en torno a las 4:30 horas, y comprobó que la niña no estaba en su cama. Inicialmente no se alarmó porque pensó que era posible que su amiga estuviese en el cuarto de baño. Pero los minutos pasaban y la niña no regresaba así que decidió levantarse y salir a comprobarlo. Caminó sigilosa por el pasillo para no despertar a los demás niños que dormían en sus habitaciones y, cuando llegó al cuarto de baño, comprobó que estaba vacío. Asustada, corrió a buscar al adulto de guardia que pasaba la noche despierto en una salita situada en la misma planta, justo enfrente de los dormitorios de los más pequeños.

Esa noche se produjo un gran revuelo, como es normal. Los adultos a cargo del centro se organizaban en grupos para abordar la búsqueda con carácter inmediato. Habían llamado a la Policía que sabía perfectamente cómo tratar una situación de este calibre pero, dados los antecedentes de desapariciones en el centro, para los adultos a su cargo era lógico y razonable pensar que tal vez la niña tampoco

llegase a aparecer y, por ello, no fueron capaces de permanecer quietos pues los primeros minutos resultaban cruciales. Enseguida se pusieron manos a la obra y con el corazón en un puño ya que esta vez se trataba de una niña.

Nada. Abby nunca apareció. Por supuesto, hubo una investigación, como había ocurrido con las desapariciones del Sr. Evans y del Sr. Thompson, el conserje y el maestro, pero lamentablemente, igual que en estos dos casos, se cerró sin culpables y, en definitiva, sin respuestas.

La tragedia marcaría a Alex de por vida. El traumático accidente de tráfico en que habían perdido la vida sus padres cuando él no contaba con más de tres años de edad, había supuesto un antes y un después en su existencia y la desgracia de su amiguita había acabado por arrojarlo a un agujero del que quizás nunca podría salir. Desde el día en que Abby se esfumó sin dejar rastro, su vida había sido un completo desastre. Se convirtió en un niño huracán que dio paso a un adolescente con serios problemas comportamentales y mal estudiante.

El 2 de noviembre de 2017 es una fecha que Alex nunca podrá olvidar. ¡Jamás! Ese fue el día en que su vida cambió para siempre.

La jornada fue muy provechosa ya que obtuvo valiosísima información para inspirar su novela. Una historia real que constituía un punto de partida excelente. Alex no se quitaba la cabeza lo que había dicho el Director. "Creí haber averiguado algo importan-